

La pregunta situada y el orden macro



*Marcelo Bruchanski**

Hasta hace poco tiempo, los exámenes domiciliarios en los cursos de grado y posgrado universitario permitían a los estudiantes consultar diversas fuentes, lo que favorecía la integración de conceptos, la construcción de ideas propias y la elaboración de respuestas más originales y complejas. Con la reciente difusión de la inteligencia artificial (IA) con modelos de lenguaje generativo, esta modalidad de evaluación atraviesa una etapa crítica. En general, los avances en el campo de la IA generativa resultan cada vez más tangibles en casi todos los ámbitos de la vida humana: ciencia y tecnología; producción de bienes y servicios; actividades creativas como la escritura, la música o el cine; educación y formación en distintos niveles; medicina; programación de sistemas; diseño e ingeniería; medios de comunicación; etcétera.

La IA nos ofrece infinitas respuestas, mejores y peores, pero su uso también recupera la importancia de la pregunta por sobre la respuesta. Sea en búsqueda de una verdad, conocimiento o comprensión de un fenómeno, para examinar ideas y su consistencia, para identificar problemas y el método para resolverlos o como estrategia argumentativa, la pregunta es una herramienta clave en cualquier proceso de investigación y aprendizaje. Algunas preguntas no tienen respuesta y otras tienen muchas y

* Marcelo Bruchanski es licenciado en Economía y magíster en Relaciones Económicas Internacionales por la Universidad de Buenos Aires. Coordinador académico de la maestría en desarrollo económico regional de la UNPAZ e investigador docente de la UNGS.

contradictorias entre sí. Me refiero, obviamente, a aquellas preguntas existenciales, curiosas o éticas, es decir, aquellas intrínsecamente humanas. Todas estas preguntas llevan explícita o implícitamente una decisión sobre qué es lo importante y qué es accesorio, algo que solo puede nacer de la experiencia y del vivir humano: “la cabeza pregunta donde los pies pisan”, parafraseando a Paulo Freire.

En el campo de la economía, en particular, hace ya algún tiempo que las preguntas suelen tener abundancia de pobreza. Muchos economistas argentinos, incluso algunos que suelen ubicarse bajo el amplio paraguas de la “heterodoxia”, reivindicaron durante todo 2024 y parte de 2025 algo que se llamó “orden macro”. Nadie preguntó qué significaba este término que se repetía en los discursos como muletilla. ¿Se refería a la reducción de la inflación, a la apreciación cambiaria, a la caída del poder adquisitivo de las jubilaciones, a la reducción del presupuesto universitario, o a todo eso junto?

Mucho menos alguien reparó en los motivos por los que ese “orden macro”, que no sabemos qué es, sería algo bueno. Pues bien, tampoco nadie preguntó para quién sería bueno: ¿para los trabajadores?, ¿para el desarrollo económico argentino?, ¿para las empresas de qué sectores productivos? Imaginaré el lector que tampoco se cuestionó de qué manera el “orden macro” promovería los supuestos beneficios que tampoco sabemos si generaba. Seguramente muchos tengan respuestas a estas preguntas (acertadas o erróneas; ortodoxas o heterodoxas), pero nadie indagó y todos repitieron “orden macro” incansablemente, al menos hasta que la realidad les cacheteó el orden y la macro.

El “orden macro” se instaló como una convención: nadie preguntaba y todos hacían de cuenta que tenían bien en claro de qué se trataba cuando se lo mencionaba en reuniones y discursos. Solo un economista con la suficiente claridad conceptual o una persona con el talento de la desvergüenza podía dejar en evidencia, preguntando, que el “orden macro” era pura charlatanería. Pero ni el economista avezado ni el interrogador desvergonzado suelen tener muchos seguidores en redes sociales, por lo que no fueron tenidos en cuenta.

En realidad, las preguntas sobre el “orden macro” presentadas anteriormente son bastante superficiales y obvias, ya que solo aspiraban a desenmascarar un significativo vacío. En economía, hay preguntas mucho más profundas y que conducen a otras infinitas preguntas, aún más profundas que las anteriores. Por ejemplo, ¿cómo se genera valor en una economía capitalista?, ¿qué rol cumple el dinero?, ¿por qué hay países ricos y pobres?, ¿cuál es el lugar del cambio tecnológico en el desarrollo económico? ¿Qué lugar tuvo el Estado en los procesos de desarrollo económico de los países centrales?

Mejor aún, hay preguntas que nos hacemos porque el propio contexto nos conduce y nos sitúa. Es imposible separar al economista de su tiempo histórico. John Maynard Keynes y Michał Kalecki no habrían formulado la cuestión de la demanda efectiva sin el desempleo masivo que azotó a Europa y Estados Unidos a comienzos de la década de 1930; Raúl Prebisch no habría impulsado la industrialización de América Latina hacia fines del siglo XIX, cuando el modelo primario-exportador aún estaba vigente, ni promovido la fundación del Banco Central en 1935 si la libra esterlina no hubiera abandonado su paridad con el oro cuatro años antes; del mismo modo, Julio Olivera o Adolfo Canitrot no habrían estudiado la inflación si hubieran vivido en la Alemania de la Eurozona. Actualmente, ¿por

qué nos preguntaríamos por la subordinación financiera y la hegemonía del dólar si no fuera por los efectos que el endeudamiento externo y la fuga de capitales ejercen sobre el desempeño económico argentino?

En suma, si bien es cierto que la IA con modelos de lenguaje generativo puede responder exámenes en lugar del estudiante sin que el docente lo advierta (lo cual plantea un enorme desafío para los métodos de evaluación actuales), también es cierto que esta situación reposiciona a la pregunta por encima de la respuesta en los procesos de aprendizaje, tanto en la universidad como en la vida. Y ese giro, bien trabajado, debería considerarse positivo. Al fin y al cabo, preguntar puede ser mucho más difícil que responder. Por eso, lo que me preocupa no es tanto la IA, sino la pobreza de nuestras preguntas. La universidad pública argentina, a pesar del desfinanciamiento y el maltrato que actualmente sufre, puede aportar mucho a que nuestros estudiantes, graduados e investigadores hagan más y mejores preguntas.

Para comenzar a interpelar y para sembrar en el lector nuevas preguntas, el presente número de la revista *Ec* contiene, además de esta introducción, nueve artículos. En primer lugar, Miguel Alfredo se pregunta si estaría surgiendo un nuevo régimen de acumulación en la periferia a partir de los procesos de digitalización y que características asumiría este, incluyendo el rol del empleo y la respuesta de los actores sociales.

En segundo lugar, Ana Feldman, Walter Perelli Llamas y Mónica Rabenna abordan los aspectos más relevantes de un proyecto de investigación sobre el impacto de la crisis en las pymes del partido de Luján, provincia de Buenos Aires. Entre los hallazgos más relevantes encontrados en una etapa exploratoria, que se avocó a los sectores textil y lácteo, encuentran que las pymes de la zona implementan una serie de estrategias como la adaptación tecnológica, la diversificación de productos y mercados, la colaboración interempresarial y la modernización de la gestión, para enfrentar las crisis económicas y mejorar su competitividad.

A continuación, Carla Repetto analiza los desafíos de transformar conocimiento técnico y acompañamiento interdisciplinario en innovación sostenible con impacto económico sobre un proyecto concreto (una unidad productiva de la economía social). Forma parte de un proyecto en el que participaron la Universidad Autónoma de Entre Ríos, la Universidad Nacional de Entre Ríos y la Universidad Nacional de José C. Paz.

En cuarto término, Federico Marcó, Roberto Lattanzi, Viviana Moreno, Octavio Ortiz de Zárate y Gabriel Sosa buscaron caracterizar la realidad industrial heterogénea del noroeste del Conurbano Bonaerense, donde coexisten empresas de diversa escala de producción, grado de maduración y capacidades de innovación. A partir de trabajos previos sobre el tema, se avanzó en el mapeo del entramado productivo local, el relevamiento de sus demandas y necesidades, el replanteo de las formas de vínculo entre universidad y sector productivo.

Ana Velásquez y Erika Sevilla, en quinto lugar, analizan el ecosistema de billeteras virtuales en Argentina. Entre sus principales hallazgos, se destaca el crecimiento sostenido de estas plataformas gracias al

impulso tecnológico, las normativas del BCRA (interoperabilidad) y el contexto de la pandemia, que actuó como catalizador del uso digital. Las diferencias entre billeteras bancarias, *fintech* y bancarias estatales revelan una diversidad de enfoques con impactos diferenciados en términos de inclusión, accesibilidad y alcance territorial.

Seguido a esto, Luis Alonso García Meza examina, a partir de la experiencia de Honduras, cómo los sistemas tributarios regresivos, sostenidos por exoneraciones fiscales injustificadas, profundizan la desigualdad y debilitan el desarrollo económico inclusivo. Con un marco teórico kaleckiano, argumenta que un mayor ingreso estatal redistribuido hacia sectores con alta propensión al consumo puede estimular la demanda agregada y fomentar el crecimiento económico inclusivo.

En séptimo lugar, Soledad Vera y Jérica Mayor reflexionan sobre algunos programas clave para el desarrollo territorial de la provincia de Buenos Aires. A partir del análisis de tres programas implementados en los últimos años (Transformación Digital Bonaerense, Fondo de Innovación Tecnológica de la Provincia de Buenos Aires y Proyectos Federales de Innovación), consideran que se han dado pasos relevantes para fomentar la innovación, fortalecer las capacidades productivas y reducir desigualdades, pero aún persisten brechas significativas que limitan el alcance de estas políticas.

El octavo artículo corresponde a Bruno Memmo, quien recorre la historia del pensamiento en ciencia y tecnología en nuestro país hasta la actualidad, incluyendo figuras como Jorge Sabato y Oscar Varsavsky. También detalla un caso de política científica orientada mediante la producción de conocimiento situado: la Unidad de Coronavirus en Argentina. Esta última se encargó de coordinar la investigación y el desarrollo de soluciones, fomentando la colaboración entre el sector académico y el productivo.

Por último, Patricia Obregón nos cuenta su experiencia haciendo trabajo de campo en la universidad, resaltando el acompañamiento que brinda la institución, lo que se traduce en ampliación de oportunidades tanto para los alumnos como para los diferentes miembros de la comunidad.